

# Ucrania: una guerra del capital

*Ukraine: a war of capital*

MATEO **CROSSA NIELL**

Mexicano. Profesor-investigador del Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, México. Correo-e: mcrossa@gmail.com

La guerra en Ucrania se ubica en el centro de las tensiones globales como punto de arranque de una guerra prolongada entre grandes intereses capitalistas y sus Estados. Este escenario ya se venía ensayando en las últimas décadas, sobre todo después de las crisis de 2008, pero se ha tornado más descarnado con el giro belicista adoptado por la OTAN. En Ucrania se inaugura una nueva era del capitalismo marcada por una desenfundada guerra de conquista por el reparto del mundo, que ya venía desplegándose, pero ahora se exagera. Estados Unidos y la Unión Europea siguen enviando armas para engrandecer el polvorín, bloquean la economía rusa para generar una inflación que desploma el poder adquisitivo de la población trabajadora a escala mundial, mientras que Rusia extiende su ocupación absolutamente desmedida por todo el territorio ucraniano. Esta espiral de guerra no tendrá un final próximo, si su devenir queda a expensas de la insaciable avaricia del capital y sus corporaciones.

*Palabras clave:* guerra, capitalismo, Ucrania, Rusia, Estados Unidos.

The war in Ukraine is situated at the core of global tensions, as a flashpoint of a prolonged war between large capitalist interests and their States. This scenario has been in development for decades, particularly since the crisis of 2008, but its latest eruption follows the belligerent turn taken by NATO. In Ukraine a new era of capitalism notable for a war of conquest unleashed by the carving up of the globe, which could be seen coming for some time but now reached a breaking point. The United States and the European Union continue to send arms to exacerbate the conflict, isolate the Russian economy to generate inflation which diminishes the purchasing power of the working population around the world, while Russia extends its occupation unmatched throughout the entire Ukrainian territory. This downward spiral of war will not end soon if its outcome is left to the whims of the insatiable avarice of capital and its corporations.

*Keywords:* war, capitalism, Ukraine, Russia, United States.

Al igual que muchos otros, empiezo este trabajo con la afirmación de que la guerra en Ucrania no comenzó el 24 de febrero, cuando el presidente de Rusia, Vladímir Putin, ordenó una «operación militar especial» en su vecino país. Después de tres meses y medio del inicio de la invasión rusa al territorio ucraniano y entre las enormes con-

fusiones, vacíos y falta de información que nos mantienen atónitos mientras vemos las imágenes de la ocupación militar, emerge con fuerza un individualismo interpretativo que trata de retratar a Putin como un ser monstruoso y aberrante que está amenazando las reglas de la democracia liberal promovida por las fuerzas pulcras del Occidente.

Este pensamiento único, que se impulsa incesantemente por los grandes consorcios mediáticos globales, tiene el fin último de construir una legitimidad belicista que, a toda costa, evite encaminar este escalofriante escenario de guerra hacia una solución pacífica y diplomática. Tal narrativa mediática se ha construido con el propósito de esconder las innumerables pruebas que exhiben la responsabilidad central de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en el desenlace que hoy se percibe, mismo que puede escalar a niveles innombrables.

A pesar de los acuerdos de Baker-Gorbachov de 1990, en los que se aceptaba que la Alemania unificada podría entrar en la OTAN sin que ésta se expandiera a ningún país más del Bloque del Este, en los últimos 30 años —específicamente desde 1999 durante el periodo presidencial de Bill Clinton— la OTAN se amplió de 16 a 30 miembros —ahora también se impulsa la adhesión de Finlandia y Suecia—, lo cual ha significado un paulatino y sistemático ascenso de su presencia militar como fuerza de acoso y cercamiento de Rusia, es decir, una violación a todos los compromisos que se habían establecido en los años posteriores a la desintegración del bloque soviético. El acoso de la OTAN hacia Rusia fue promovido con mayor vehemencia durante el gobierno del presidente George W. Bush cuando en 2008 alentó la incursión bélica fracasada de Georgia sobre Osetia del Sur. En este teatro de tensiones crecientes, Ucrania es ahora el eslabón más débil, aquel que hizo romper la cadena que se venía tensando por varios años.

Desde hace casi una década, desde el gobierno de Barack Obama, Estados Unidos ha estado ensayando diferentes maneras de incursionar en la política interna de Kiev, insistiendo una y otra vez —con diferentes medios— en la incorporación de Ucrania a la OTAN, lo cual entraña redoblar las condiciones de acoso contra Rusia, en especial por los estrechos lazos económicos, políticos, culturales y lingüísticos que vinculan a los dos países.

El raudal de dinero que hoy entra a Ucrania en forma de apoyo militar de la Unión Europea y de Estados Unidos tiene sus antecedentes. A través de la presidencia de los neoconservadores de ex-

Estados Unidos ha insistido una y otra vez en la inclusión de Ucrania en la OTAN, lo cual implica redoblar las condiciones de acoso contra Rusia, en especial por los estrechos lazos económicos, políticos, culturales y lingüísticos que vinculan a los dos países.



tema derecha Petro Poroshenko y ahora Volodímir Zelenski, Ucrania intentaba convertirse en un bastión militar estadounidense en Europa del Este y los intentos por incorporarlo a la OTAN eran insistentes. Con la ocupación militar de Rusia dicha tendencia se ha reforzado y, en lugar de que se busquen salidas diplomáticas y negociadas, se incentiva cada vez con mayor fuerza la economía de guerra, que reposa sobre cascadas de ayuda financiera y militar que entra a Ucrania sin freno por parte de miembros de la OTAN.

Indudablemente, todos estos son estímulos para el control de territorios en un escenario global cada vez más tenso, pero también para refuncionalizar la economía luego de un colapso como el que se ha visto en los últimos dos años de pandemia (hay que recordar que la Segunda Guerra Mundial fue el gran salvavidas de la Gran Depresión de 1929, por lo menos en Estados Unidos, y que hoy, en ese país, la producción de equipo militar es el más importante eje de acumulación de su economía).

La insistente conversión y sistemática intención de convertir a Ucrania en el pivote militar de la OTAN no sólo se ha producido a través de financiamiento externo. También se cultivó en la vida social del país con el ascenso de una fuerza social de corte neofascista que ha buscado violentar el tejido social para instaurar un nacionalismo conservador y recalcitrante que agrede la diversidad cultural sobre la cual reposa la historia ucraniana. Por tanto, afirmar que la guerra empezó el 24 de febrero con el despliegue militar ruso en el territorio ucraniano es sólo parcialmente cierto si se soslaya el lugar activo que ha ocupado la OTAN como fuerza de acoso en los últimos años.

### **Algunos antecedentes fundamentales**

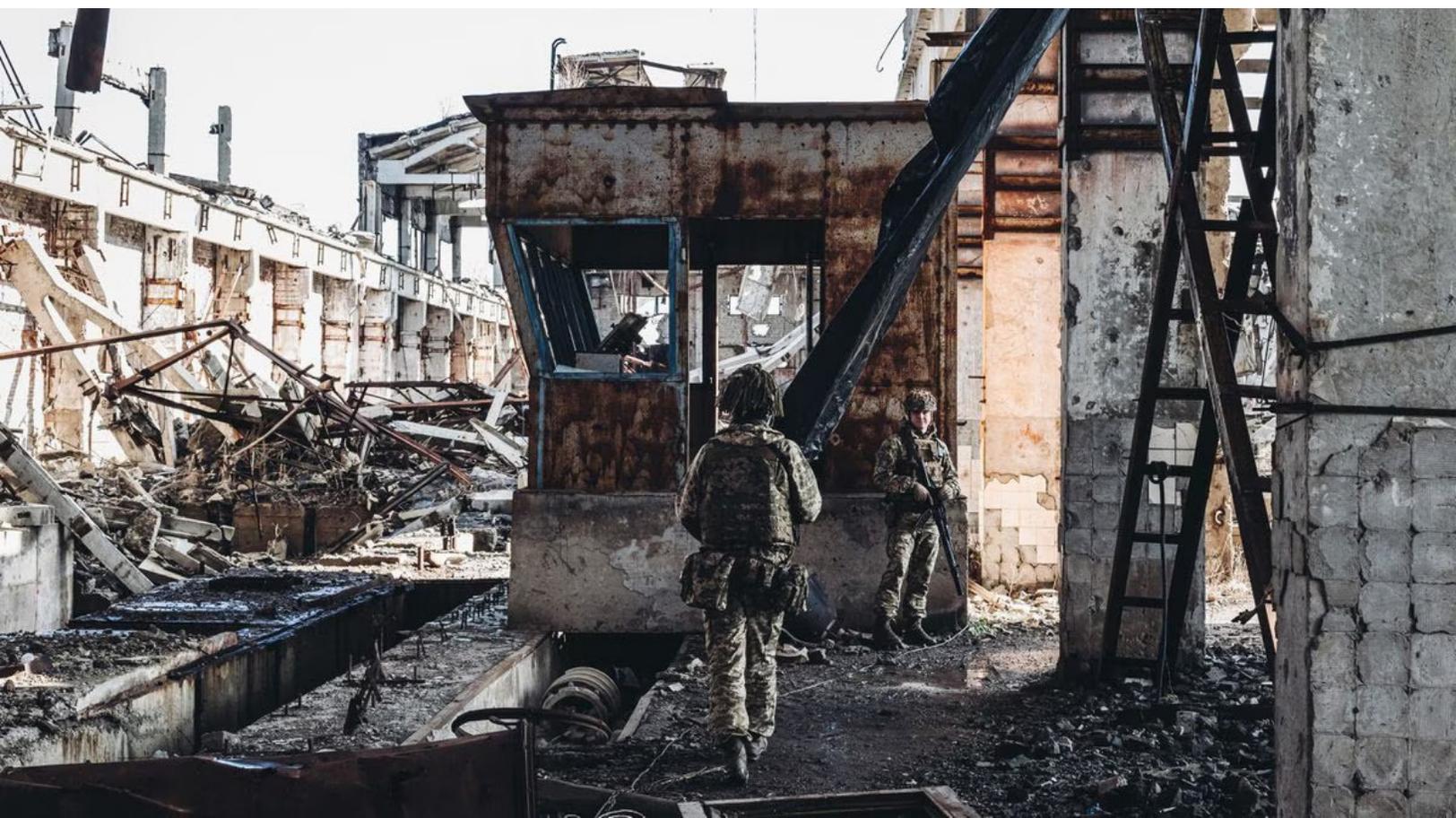
Desde la revuelta de Maidán en 2013 que derrocó al gobierno del presidente Víktor Yanukóvich y dio entrada en 2014 a un presidente empresario empeñado en acelerar el giro de Ucrania hacia la OTAN (Poroshenko), se ha cultivado un nacionalismo conservador rusofóbico que ha producido crímenes inenarrables en la región oriental del Dombás orquestados por las Fuerzas Armadas de Ucrania, en absoluta sinergia con unidades militares de estirpe neonazi como el Batallón Azov o el Batallón Dombás (ambas pertenecien-

tes a la Guardia Nacional de Ucrania), o milicias paramilitares profascistas como Pravy Sektor (Sector Derecha) y Unión Panucraniana «Svoboda». Agresiones contra manifestantes prorrusos, violaciones masivas de mujeres, crucifixiones, cuerpos decapitados y desmembrados. «Muerte a los rusos» era el clamor del neofascismo que germinó con fuerza en Ucrania luego de 2014, apoyado desde la presidencia de Poroshenko.

La más conocida de estas salvajadas profascistas y rusofóbicas ocurrió cuando milicias neonazis, en connivencia y estrecha colaboración con los servicios secretos del gobierno ucraniano, quemaron vivas a cerca de 50 personas en el incendio de La Casa de los Sindicatos de Odesa en mayo de 2014. La mayor parte de esta población se conformaba por adolescentes y jubilados. Mientras ello ocurría, los grandes medios de comunicación, cuadrados íntegramente a la agenda militar de la OTAN, lo silenciaron todo. En el mejor de los casos lo anunciaron de manera breve, con titulares secundarios como «Más de 50 muertos en choques con los separatistas rusos». Mientras tanto, en Bruselas y en Washington había un silencio total. En ese caso no irrumpían los funcionarios escandalizados en Twitter sobre terroristas que amenazaban a la democracia liberal, no. No había

---

Escalar el conflicto y perpetuarlo parece ser parte estratégica en el camino que se ha trazado Washington, razón por la cual Estados Unidos se ha mantenido al margen de las negociaciones entre Ucrania y Rusia.



periodistas de CNN ni de la BBC que relataran con lágrimas en los ojos las carencias y el dolor, el miedo y la inseguridad de los niños de Dom-bás. Para esa agenda mediática, la guerra en las repúblicas populares de Donetsk y Lugansk era y sigue siendo inexistente, a pesar de que hayan pasado ocho años y se registren más de 14 mil muertos, ucrainianos todos, hablen o no ruso.

Lo que no se dice en los medios dice más de lo que sí se dice. Por eso es que sabiamente habría dicho Eduardo Galeano que «ya no es necesario que los fines justifiquen los medios. Ahora los medios —los medios de comunicación— justifican los fines». Esto explica por qué hoy, en el mundo que nos tocó vivir, un sujeto que avienta una bomba molotov en las calles de La Habana o en las de Caracas es mostrado monumentalmente como alguien que defiende la libertad y la democracia, mientras que un palestino, una miliciana kurda, un migrante haitiano en la frontera de McAllen pateado por la Patrulla Fronteriza, un africano asesinado en la valla de Melilla por la Policía marroquí o un migrante mexicano o centroamericano víctima de trata de personas y muerto por intoxicación en un tráiler encontrado en San Antonio, Texas (a pocas cuadras de la Base Militar Lackland) son una amenaza al orden y a la estabilidad; o una familia proveniente de África que entra a las aguas europeas desde Libia o Argelia son sencillamente personas no gratas encarceladas en asilos en espera de ser deportadas. De hecho, por más increíble que pueda parecer, el gobierno estadounidense anuncia su apoyo militar irrestricto a Ucrania, mientras que cierra las puertas a los ucranianos refugiados que buscan entrar a este país desde México. Entonces, ¿quién construye la semántica con la que se nombran las cosas?

Mientras Joe Biden llamaba criminal de guerra a Putin, la Organización de las Naciones Unidas (ONU) anunciaba que más de 10 mil 200 niños en Yemen han resultado muertos o heridos desde el comienzo de la guerra liderada por Arabia Saudita y apoyada por Estados Unidos en 2015. Igual de desastrosas han sido las medidas coercitivas contra Afganistán por parte de Estados Unidos luego de su salida militar. Tal y como ha documentado Mark Weisbrot, la economía afgana no sólo está destruida por la intervención militar, sino que la sanción más grande y destructiva que actualmente enfrenta Afganistán es la incautación de más de 7 mil millones de los activos del país que se encuentran en la Reserva Federal estadounidense.<sup>1</sup>

A pesar de la rusofobia mediática y belicista construida desde Washington y Bruselas, el desprecio a la soberanía del pueblo ucraniano es mayúsculo. En la declaración de Jefes de Estado de la OTAN del 24 de marzo de 2022, la OTAN se trata de retratar mundialmente co-

mo la defensora de la paz y la dignidad del pueblo ucraniano al anunciar con la mayor insolencia que

el ataque de Rusia a Ucrania amenaza la seguridad mundial. Su asalto a las normas internacionales hace que el mundo sea menos seguro. La retórica escalada del presidente Putin es irresponsable y desestabilizadora (...) Los ucranianos han inspirado al mundo con su heroica resistencia a la brutal guerra de conquista de Rusia.<sup>2</sup>

Biden y los congresistas estadounidenses salen al mundo como grandes aliados del pueblo ucraniano al declarar a Putin como un criminal de guerra, mientras que el Parlamento Europeo ovaciona al presidente de ultraderecha Zelenski, colocándolo en la escena mediática como un salvador de la patria ucraniana. Pero la inyección de miles de millones de dólares en equipo militar desde países integrantes de la OTAN no va acompañada de la cancelación de deuda externa que ahora supera los 129 mil millones de dólares, la cual ha tenido sometida a la economía ucraniana en la austeridad forzada por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM) que desde 2015 —con el presidente Poroshenko— ha provocado recortes, desempleo y precarización creciente.<sup>3</sup>

Si a Estados Unidos le interesaran el bienestar y la soberanía ucraniana, cancelar la deuda de Ucrania con el FMI y el BM tendría que ser una medida de urgencia. Pero no ha sido así, a pesar del reclamo mundial, porque ha utilizado la situación actual de Ucrania como un excelente trampolín para reposicionarse mundialmente en la disputa por el control de la arquitectura global. Así lo dejó entrever el más importante laboratorio de ideas (*think tank*) de la política exterior del gobierno de Biden, el Council on Foreign Relations, que auguró, a través de Robert D. Blackwill, que para lograr frenar la expansión de

<sup>2</sup> OTAN, «Statement by NATO Heads of State and Government», boletín de prensa, 24 de marzo de 2022, Bruselas, Bélgica, recuperado de [https://www.nato.int/cps/en/natohq/official\\_texts\\_193719.htm](https://www.nato.int/cps/en/natohq/official_texts_193719.htm)

<sup>3</sup> Ashley Smith, «Stop Putin's war! Neither Washington nor Moscow but global antiwar solidarity!», *Tempest*, 10 de marzo de 2022, en <https://www.tempestmag.org/2022/03/stop-putins-war/>

<sup>1</sup> Mark Weisbrot, «U.S. sanctions on Afghanistan could be deadlier than 20 years of war», *Center for Economic and Policy Research*, en <https://yubanet.com/opinions/mark-weisbrot-us-sanctions-on-afghanistan-could-be-deadlier-than-20-years-of-war/>

China había que frenar la expansión de Rusia en Europa y para ello evitar que triunfe su ocupación en Ucrania.<sup>4</sup> Es decir, la población ucraniana tiene la menor relevancia en el ideario estadounidense, en esta geopolítica del capital en la que la destrucción es el mejor de los medios posibles para adquirir ganancia. Lo que interesa a la agenda de Washington, entre otras cosas, es retomar el tutelaje sobre la Unión Europea. En lugar de que Europa se coloque como espacio que permita la neutralización del conflicto militar ha tomado el camino militarista y ha decidido alinearse totalmente con la agenda belicista estadounidense.<sup>5</sup>

Escalar el conflicto y perpetuarlo parece ser parte estratégica en el camino que se ha trazado Washington, razón por la cual Estados Unidos se ha mantenido al margen de las negociaciones entre los gobiernos

<sup>4</sup> Robert D. Blackwill y Richard H. Fontaine Jr., «Ukraine war should slow but not stop the U.S. pivot to Asia», *Bloomberg*, 14 de marzo de 2022, en <https://www.cfr.org/article/ukraine-war-should-slow-not-stop-us-pivot-asia>

<sup>5</sup> Miguel Urbán, «El Parlamento Europeo vota caminar por senderos de gloria», *Viento Sur*, 16 de marzo de 2022, en <https://vientosur.info/el-parlamento-europeo-vota-caminar-por-senderos-de-gloria/>

de Ucrania y Rusia, a pesar de que —tal y como lo ha sentenciado Noam Chomsky una y otra vez— el involucramiento de Estados Unidos en la salida negociada en Europa del Este sería fundamental para frenar la guerra y evitar que se acerque al uso de fuerza nuclear.<sup>6</sup> Pero lejos está el gobierno estadounidense de sentarse a negociar una salida diplomática a la guerra en Ucrania, a pesar de que es viable, precisamente porque alimentar la guerra y llevarla hasta sus últimas consecuencias ha sido el camino repetido que Estados Unidos ha tomado para buscar alinear al mundo en torno a su interés corporativo. Ucrania es el eje sobre el cual Estados Unidos pretende reposicionar su dominio político en el mundo, razón por la cual está lejos de querer involucrarse en una salida negociada; más bien busca todos los medios posibles para evitar y evadir el diálogo.

Después de un profundo descalabro económico y un *shock* en la vida nacional causado por la muerte por covid-19 de casi un millón de personas, el gobierno estadounidense intenta colocarse en Ucrania con el fin de resarcir una legitimidad mundial perdida. Ucrania es el medio perfecto, ya que, a diferencia de 2003, donde millones salieron a la calle en todo el mundo para protestar contra la invasión estadounidense en Irak, ahora Estados Unidos se camuflajea en el lado de los agredidos, no para parar la guerra sino para arrojarle más gasolina.

El descaro de la narrativa dominante es legendario, pero el cinismo de hoy alcanza niveles inusitados. La Academia de Cine Europeo prohíbe producciones rusas en la edición de sus premios de este año. Atletas rusos son vetados de los

<sup>6</sup> C.J. Polychroniou, «Chomsky: peace talks in Ukraine <will get nowhere> if U.S. keeps refusing to join», *Truthout*, en <https://truthout.org/articles/chomsky-peace-talks-in-ukraine-will-get-nowhere-if-us-keeps-refusing-to-join/>

La OTAN trata de postularse a escala mundial como la defensora de la paz y la dignidad del pueblo ucraniano, sin que el apoyo en equipo militar se refleje en la cancelación de la deuda externa ucraniana.



Juegos de Invierno por el Comité Olímpico Internacional. La soprano Anna Netrebko fue cesada por la Metropolitan Opera de Nueva York porque se rehusó a condenar públicamente a Putin, a pesar de haber denunciado la guerra. En Berlín atacan a pedradas los pequeños negocios de abarrotes de origen ruso, pero en Estados Unidos nunca se han atrevido a sancionar —mucho menos vetar— el comercio de armas de la Asociación Nacional del Rifle que tanto daño ha hecho a ese país y a la humanidad, empezando por México y el Triángulo Norte de Centroamérica, territorios en los que por el tráfico ilimitado de armas se han convertido en espacios de muerte, desapariciones y feminicidios. El profesor liberal de ciencias políticas de la Universidad de Chicago, John Mearsheimer, ha sido acusado públicamente por estudiantes de recibir financiamiento de Rusia por haber señalado la responsabilidad que tiene Estados Unidos en el desenlace de la política en Ucrania. A este ejemplo habrá que agregar un largo etcétera de acontecimientos rusofóbicos incitados desde lo más alto del poder mediático para generar un ambiente de mayor beligerancia neoconservadora que sólo agita el ánimo bélico y cierra las puertas para frenar esta guerra mediante una salida negociada y diplomática.

### **Ocupación de Ucrania por parte del Kremlin**

A pesar de todo lo antes dicho, a pesar del permanente acoso y agresión que vive Rusia desde la OTAN, a pesar de la ambición que tiene Washington por tomar control militar sobre Europa del Este y control político sobre el mundo, ninguna de las atrocidades antes mencionadas justifica la intervención militar rusa en Ucrania.

A diferencia de las perspectivas que tienden a legitimar la ocupación militar rusa con un discurso antiimperialista, suponiendo que todo aquello que vaya contra el imperio estadounidense es merecedor de ser apoyado, la realidad probada es que ni Putin es antifascista, a pesar de que hable de desnazificar a Ucrania, ni la ocupación responde a objetivos de solidaridad y liberación. El jefe del Kremlin justificó la operación militar al afirmar que Ucrania no tiene derecho a existir como nación, lo cual avizoraba una salida destructiva y militarmente aplastante sobre ese país.

El gobierno ruso encarcela y reprime, tal y como hoy lo estamos viendo con las miles de personas que han sido detenidas en Rusia por protestas contra la ocupación militar en Ucrania. Un gobierno encabezado por un presidente que públicamente ha reivindicado su antileninismo y su cercanía a la Iglesia ortodoxa, así como al pensamiento de figuras contrarrevolucionarias que en el contexto de la Revolución de Octubre (1917) pertenecían al Ejército Blanco (antibolcheviques), tales como el general Antón Denikin, el filósofo Iván Ilyín y el escritor Iván Shmeliov.<sup>7</sup>

<sup>7</sup> Para conocer sobre la formación del pensamiento de Vladímir Putin y su cercanía a la Iglesia ortodoxa, véase Carl Davidson y Bill Fletcher Jr., «Putin is attempting to cen-

El gobierno ruso ataca sistemáticamente a las protestas disidentes y ha apoyado y financiado movimientos y partidos de extrema derecha como Vox o a HazteOír en España o a Marine Le Pen en Francia. La decisión de invadir Ucrania, rodear las principales ciudades, incursionar en algunas de ellas por vías aérea y terrestre para destruirlas, dejando muertes y dolencia, no tiene ninguna justificación y no goza de ninguna aprobación (más que los pensamientos dogmáticos insistentes en crear un frente total antiimperialista, cueste las muertes y el dolor que cueste).

La operación militar rusa sobre Ucrania no es una intervención que busca liberar al pueblo ucraniano y democratizar la política en ese país. Los fulminantes ataques no tienen justificación moral alguna. Quien así lo considere olvida que ya no vivimos en tiempos de la Guerra Fría, que en Rusia opera el interés político y dominante de grandes capitales y que la pólvora del Kremlin responde a la necesidad de protección y ampliación de un capitalismo monopolista de Estado que se ha desarrollado en el país luego de la perestroika.

Luego de la desaparición de la Unión Soviética (diciembre de 1991), el territorio de lo que habría sido el bloque soviético se sumergió en un colapso económico de enormes magnitudes. En Rusia, sectores enteros de la industria, incluida gran parte de la capacidad de fabricación relacionada con el Ejército, fueron desechados. Los sistemas de bienestar social colapsaron, la pobreza y el desempleo crecieron vertiginosamente.

Sin embargo, a comienzos del siglo XXI, el capitalismo ruso se incorporó a la economía mundial como país exportador de bienes primarios —con participación protagónica del Estado— reestableciendo un tenso equilibrio entre el control estatal de la producción de energéticos (especialmente la producción gasística en la que, por ejemplo, la empresa estatal Gazprom cumple un papel fundamental como la corporación gaseera más grande del mundo), grandes capitales

ter Russia as a hub of the Global Right Wing», *Truthout*, en <https://truthout.org/articles/putin-is-attempting-to-center-russia-as-a-hub-of-the-global-right-wing/>

rusos (que se beneficiaron con el desplome de la URSS y la privatización de los bienes públicos) y el complejo militar-industrial que, al igual que Estados Unidos, es un eje de acumulación de la economía rusa. Esta es la tríada sobre la cual Rusia se ha colocado en la economía global, desde un lugar económicamente débil, pero importante en la producción para el mercado mundial de energéticos y armamentos, además de materias primas como granos básicos y fertilizantes.

En este terreno, el desenlace bélico que hoy se aprecia en Ucrania responde a una guerra entre grandes capitales resguardados detrás de sus Estados que se disputan el territorio por el control político y el control económico. Ucrania es un enclave fundamental para comprender la dinámica de la economía a escala mundial. Además de contar con un volumen significativo de gas, petróleo y uranio, proporciona junto con Rusia 25% del trigo en el nivel mundial, 20% del maíz y 80% del aceite de girasol. También resguarda una de las mayores reservas de litio del mundo. Ucrania es considerada, a su vez, no sólo el granero de Europa, sino de un marco geográfico más amplio que incluye el norte de África y Oriente Próximo.<sup>8</sup>

La defensa del pueblo ucraniano por su soberanía y autodeterminación es una demostración de la lucha por la vida, contra la muerte. Si la narrativa belicista de Zelenski y grupos de extrema derecha en Ucrania se alinean al interés de la OTAN, también hay una silenciada reivindicación popular del pueblo ucraniano —omitida en medios— que defiende la soberanía del territorio nacional y que hoy lucha por un proyecto de país que se construya desde un diálogo de abajo, con la reivindicación de los principios contenidos parcialmente en la Declaración de Soberanía Estatal de Ucrania de 1990 y la Constitución de 1996, en las que destaca la autodeterminación de la nación ucraniana, el gobierno popular, la

supremacía territorial, la independencia económica, la seguridad medioambiental, el desarrollo cultural, la seguridad interna y externa y las relaciones internacionales en condiciones de igualdad. Al perpetuar la guerra, el gobierno ruso y las fuerzas de la OTAN no sólo han obstaculizado una salida negociada institucional, sino fundamentalmente una salida negociada que implique respetar la soberanía, la democracia y la justicia en este país, con toda la diversidad que existe al interior de ese territorio nacional.<sup>9</sup>

Al respecto, no me parece descabido retomar las agudas lecturas que a inicios del siglo XX hicieron Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht (los espartaquistas que se opusieron a la participación de Alemania en la Primera Guerra Mundial) y por supuesto Vladímir Lenin, quienes develaron —desde diferentes miradas— que la Primera Guerra Mundial fue una guerra entre grandes potencias capitalistas por el reparto del mundo.

Ese Lenin, que Putin criticó con descaro en su discurso días antes de lanzar la operación militar contra Ucrania, es el mismo que contra viento y marea, contra la Segunda Internacional, contra el predicamento de Nikolái Bujarin y León Trotski por continuar la guerra contra el Imperio alemán, sacó a Rusia de la guerra y puso por delante el lema «paz, pan y tierra», con lo que obtuvo el apoyo del grueso de la población trabajadora de la ciudad y el campo, así como de milicias del Ejército ruso, que estaban agobiados por el dolor y las muertes causadas por el conflicto bélico.

Hoy las condiciones son sin duda diferentes, pero el llamado que hizo Lenin desde las tierras en las que hoy se desata una guerra de grandes intereses por el control del territorio ucraniano es rotundamente vigente. En concreto, en un escenario en el cual ninguna de las fuerzas en disputa parece tener intención de frenar. Ni las fuerzas «occidentales» articuladas en torno a la OTAN y tuteladas por Estados Unidos, ni Rusia, han mostrado intención alguna de parar. ¿Por qué? Porque después de un desplome económico como el que hemos tenido en los últimos dos años, la competencia por el reparto del mundo se hace sentir sobre el capital con mayor fuerza. Frente a ello, la guerra y la destrucción se convierten en el mecanismo predilecto para que las grandes corporaciones puedan retomar el curso de su ampliación. Tras la desgracia causada por la Primera Guerra Mundial, Lenin habría afirmado que «la guerra no es un juguete, la guerra es una cosa inaudita, cuesta millones de víctimas y no es tan fácil terminarla».

<sup>8</sup> Gonzalo Fernández Ortiz de Zárate y Juan Hernández Zubizarreta, «La tormenta perfecta ya está aquí», *Viento Sur*, 19 de marzo de 2022, en <https://vientosur.info/la-tormenta-perfecta-ya-esta-aqui/#:~:text=Ucrania%20es%20considerada%2C%20a%20su,puente%20entre%20Europa%20y%20Asia>

<sup>9</sup> Volodymyr Ishchenko, «OTAN sí, OTAN no: dejad que decida el pueblo ucraniano», *Viento Sur*, 20 de enero de 2022, en <https://vientosur.info/otan-si-otan-no-dejad-que-decida-el-pueblo-ucraniano/>

## **Reflexiones finales: pensar desde el anticapitalismo contra la guerra**

La guerra que se desató en Ucrania parece colocarse en el centro de las tensiones globales como inicio de un periodo de guerra prolongada entre grandes intereses capitalistas y sus Estados, que si bien venía ensayándose durante las últimas décadas —especialmente después de las crisis de 2008— ahora se desató de manera descarnada, en particular por el más que evidente giro belicista que ha tomado la OTAN. El escenario de Ucrania inaugura una nueva era del capitalismo marcado por una desenfrenada guerra de conquista por el reparto del mundo, que ya venía mostrándose y que ahora se disparó. Esto lo demuestra el absoluto desinterés que tienen las partes por apagar el conflicto mediante salidas negociadas. Además, organismos internacionales como la ONU, que podrían y deberían presionar para ofrecer salidas negociadas y diplomáticas, se han alineado a la agenda belicista: condenan acertadamente la intervención de Putin en Ucrania, pero hacen caso omiso a la responsabilidad de Estados Unidos y la OTAN en la negociada salida de la guerra. Estados Unidos y la Unión Europea siguen enviando armas para engrandecer el polvorín, bloquean la economía rusa para generar una inflación que desploma el poder adquisitivo de la población trabajadora en el nivel mundial, mientras que Rusia extiende su ocupación absolutamente desmedida por todo el territorio ucraniano. Es una espiral de guerra que no tendrá un final próximo si su devenir queda a expensas de la insaciable avaricia del capital y sus corporaciones.

La fase actual en el desarrollo del capitalismo global es de tal estancamiento y crisis que la destrucción de medios de producción y fuerza de trabajo, así como la apropiación de territorios para el control de recursos, se convierten en las únicas salidas que el capital encuentra en su devenir. La horrorosa fetidez que para la vida humana representan la guerra, la destrucción, el sufrimiento, el desplazamiento forzado y la muerte —incluso el cuestionamiento de la vida en la Tierra por el uso de armas nucleares— es ahora el más atractivo de los vicios para el capital. Las grandes potencias se preparan para un ambiente global militarizado en las próximas décadas. Ucrania es sólo el inicio de una nueva era belicista, que si no deriva en una agresión nuclear —en cuyo caso, como afirmó Chomsky, «no habrá vencedores»— sólo ofrecerá mayores tensiones militares en el futuro cercano.

Si el capital sólo ofrece escalar la guerra, pasando por encima de la legalidad que él mismo construyó, entonces el freno sólo podrá venir desde la organización y movilización de abajo. La política de arriba está abocada plenamente a idear estrategias militares de guerra, pensando incesantemente cómo destruir al adversario. Bajo esa agenda corremos al abismo y los ideólogos del capital que hoy utilizan a Ucrania como campo de disputa desencarnada —como también utilizan a Siria, Palestina, Irak, Afganistán, Yemen, Kurdistán, República del Saharai, México, Centroamérica, etcétera— no sólo devastarán a ese país, sino

que estarán en toda la disposición y necesidad de convertir la guerra y la destrucción en lo que Karl Polanyi —aludiendo a la economía de mercado— llamó «molino satánico», dispuesto a deglutir cada vez más territorios.

Por otro lado, la denuncia contra la ocupación militar sobre el territorio ucraniano y el llamado a parar la guerra a través de la movilización y la organización desde abajo ya se deja ver en distintos rincones del planeta. Así lo demostró la Resistencia Feminista contra la Guerra, que se ha colocado desde una posición anticapitalista para condenar esta guerra al sacar a luz un manifiesto en el que se afirma lo siguiente:

Condenamos de forma rotunda la invasión militar liderada por el régimen de Putin en Ucrania que ha dejado ya miles de personas muertas y centenares de miles de personas desplazadas, y que provoca una agudización de la confrontación entre bloques imperialistas a nivel global.

Rechazamos las posiciones emitidas estos días que ahondan en la espiral belicista. Rechazamos las decisiones que pasan por sumar más armas al conflicto y aumentar presupuestos de guerra. Rechazamos los relatos securitarios que refuerzan lógicas autoritarias y de militarización. No en nuestro nombre.

Debemos recordar que la OTAN es responsable de la situación creada con su expansionismo global y con su narrativa militarista de la seguridad. Las armas perpetúan la guerra, perpetúan la barbarie y perpetúan el sufrimiento. No hay mayor seguridad que la paz.

Sin duda la fuerza que ha tomado el movimiento feminista en el mundo brinda posiciones claras, antiimperialistas, pero también y fundamentalmente miradas anticapitalistas que denuncian la guerra como un negocio que encuentra en la muerte y destrucción la única posibilidad de engrandecer ganancias.

Al mismo tiempo, colectivos en España como Ecologistas en Acción, Attac Madrid, Anticapitalistas, Desarma Madrid o BDS Madrid también han denunciado la guerra del capital contra el

pueblo ucraniano y han convocado a acciones organizadas. En una convocatoria a pensar colectivamente la organización desde abajo contra la guerra muestran su apoyo al pueblo ucraniano y ruso que lucha contra la intervención militar, y también se declaran contra el cinismo belicista sobre el cual caminan los gobiernos de la Unión Europea en el reforzamiento de una política belicista. Así lo anunciaron en un comunicado conjunto:

Consideramos ineludible la solidaridad con el pueblo ucraniano y las personas refugiadas: buena parte de la población se ha conmovido con su drama y creemos que es necesario extender esa solidaridad a todas las personas refugiadas del mundo, vengan de donde vengan, hablen la lengua que hablen, tengan la religión que tengan (...) Igualmente, creemos necesaria la solidaridad con las miles de personas que en Rusia se están oponiendo a la guerra arriesgándose a ser reprimidas y encarceladas y condenamos la estigmatización y criminalización del pueblo ruso.

Pero no debemos dejar que el miedo nos lleve a aceptar una remilitarización de nuestras sociedades, el aumento del gasto militar y la legitimación de la guerra como mecanismo de resolución de conflictos. Los gobiernos de la Unión Europea están aprovechando el *shock* producido por la guerra para fomentar el belicismo y reforzar las estructuras que nos han llevado a esta catástrofe.

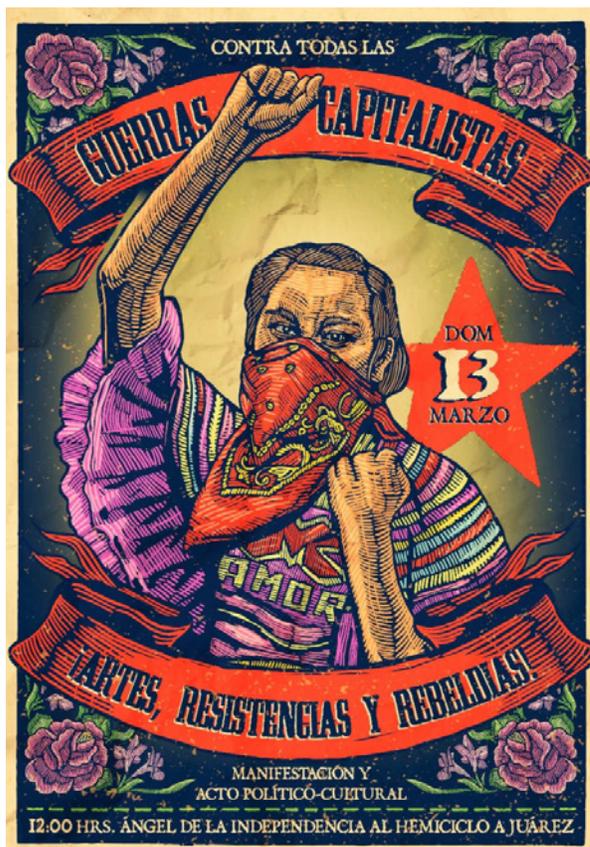
La apuesta por la paz es una posición valiente que debemos defender colectivamente allí donde vivamos. Aquí y ahora, esto significa rechazar la decisión de la Unión Europea de enviar armas a Ucrania (...) La vuelta al primer plano de la amenaza nuclear nos recuerda amargamente que

la lucha por la paz es también la lucha por la supervivencia de la humanidad. Los efectos económicos de la guerra están golpeando ya a las clases populares tanto en Rusia como en la Unión Europea, profundizando las desigualdades estructurales de nuestras sociedades, que serán mayores cuanto más se alargue la confrontación bélica.

La demostración colectiva más contundente que se ha producido contra la guerra es la megamovilización que miles de bases de apoyo del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) hicieron en el sur de México, al tomar de manera pacífica las principales ciudades del estado de Chiapas. En el comunicado del 9 de marzo, la Comisión Sexta del EZLN convocó al «arranque de una campaña mundial en contra de las guerras del capital, cualquiera que sea su geografía» e invitó a que se realizaran:

movilizaciones y manifestaciones contra TODAS LAS GUERRAS capitalistas, actualmente en curso en varios rincones del planeta. No es sólo en Ucrania. También en Palestina, el Kurdistán, Siria, el pueblo Mapuche, los pueblos originarios en todo el planeta, y tantos y tantos procesos libertarios que son agredidos, perseguidos, asesinados, silenciados, distorsionados.

A pesar del silencio y del bloqueo mediático, la impresionante movilización de los zapatistas en Chiapas el 13 de marzo significó una grieta que abrió paso a una posición distinta de aquellas que nutren una aspiración de mayor belicismo. Los zapatistas nos recuerdan y enseñan que la línea de los pueblos organizados no es la guerra del capital, venga del bando que venga. Por eso se movilizaron exigiendo el freno a la guerra, al tiempo que clamaban: «¡Contra todas las guerras: todas las artes, todas las resistencias, todas las rebeldías!»



Cartel: Gran Om